

20A

Bajo las hojas del almendro

A.C.

Cómo nos engañaba el tiempo debajo de las hojas del almendro.

Recuerdo verte llegar a través de la ventana. Vestido de negro, elegante, porque volvías de estudiar. Mirabas hacia mi ventana y me sonreías sin verme, pero sabiendo que yo sí te observaba, atenta y expectante. Levantabas la mano en un saludo que me llamaba y yo bajaba lo más rápido posible las escaleras para llegar al jardín y besarte debajo del almendro. Era entonces cuando el tiempo empezaba a jugar. Apenas tardaba treinta segundos en bajar y abrazarte, pero esos segundos se hacían eternos. Cuanto más me acercaba a ti, más se alargaba el tiempo.

Hablábamos, leíamos y compartíamos la tarde debajo de las hojas del almendro. Bajo el cálido otoño ámbar, bajo el invierno desnudo, bajo la primavera nevada, bajo el verano esmeralda. Y las horas engañaban al almendro haciéndose pasar por minutos de placer efímero.

Así nos engañaba el tiempo bajo el ámbar, la desnudez, la nieve y el esmeralda del almendro.

Recuerdo verte llegar cuando volvías del servicio. Vestido de uniforme, con la mirada tierna y cansada. Antes de que levantaras la mano para saludar a la mujer que sabías que estaba tras la ventana, yo ya había bajado y te abrazaba, y te llenaba de besos porque no podría haberte echado más de menos. Entonces me contabas lo que hacías, me pedías que te contase cosas yo y me hablabas de tu amor en un susurro porque sabías que mi padre andaba cerca, atento de qué hacías y de cómo respondía yo.

Aunque sabía que no siempre vendrías, me quedaba día y noche observando tu lugar bajo el almendro.

Recuerdo cuando volviste para quedarte. Recuerdo cuando el almendro estaba en flor y yo estaba leyendo a su sombra. Recuerdo cómo sentí unos pasos, alcé la

cabeza y vi cómo la brisa acariciaba tu pelo negro. Sonreí y fui a abrazarte, pero te agachaste cuando yo me levanté y me pediste que fuera tuya para siempre.

Y te abracé con emoción bajo las flores del almendro.

Poco tiempo más tarde dejaríamos de ser dos. Recuerdo cómo me sentaba a comer fruta a la sombra del almendro en verano, y acariciaba mi barriga hablándole de ti al niño, esperando que volvieras. Recuerdo cuando nació y jugaba bajo ese mismo almendro.

Recuerdo cuando perdí al segundo y pensé que no volvería a ser la misma. Recuerdo cómo la alegría volvió con la tercera.

Recuerdo cómo nos sentábamos a verlos jugar bajo las hojas del almendro, sintiendo que aunque lo estuviéramos compartiendo, aquel lugar siempre sería solo nuestro.

No escaparon nuestros hijos del encantamiento del almendro. El tiempo pasó fugaz y crecieron demasiado en un momento. Cada uno hizo su camino, nuestro niño, porque para mí siempre serán mis niños, encontró trabajo pronto y nuestra niña fue a estudiar al extranjero. Recuerdo la alegría que traían sus visitas y las comidas que organizábamos bajo el almendro.

Recuerdo también cómo observabas con recelo a la niña y su pareja, como un día hizo mi padre con nosotros y cómo yo reía, instándote a que les dieras la privacidad que siempre habíamos ansiado nosotros bajo nuestro tan querido almendro.

Recuerdo cómo crecía la familia bajo las hojas del almendro.

Recuerdo cómo me querías bajo las hojas del almendro.

Siempre nos amamos bajo las hojas del almendro.

Bajo el almendro ámbar, bajo el almendro desnudo, bajo el almendro nevado, bajo el almendro esmeralda.

Nunca dejé de mirar tu lugar en el almendro.

Aunque sabía que ya no podría encontrarte, aunque sabía que te habías ido para siempre. Nunca dejé de echarte de menos ni de querer volver a la época en la que te echaba de menos pero sabía que volverías. Que volverías para que nos engañara el tiempo bajo las hojas del almendro.

A veces me parece que puedo verte. Levantando tu mano para saludarme vestido de negro, elegante, vestido de uniforme, volviendo del trabajo, jugando con los niños... Sin embargo, pestañeo y vuelvo a encontrar soledad bajo la sombra del almendro.

Muchas veces he creído que vendrías a buscarme. Como cuando cogí esa pulmonía hace dos inviernos, como cuando subo las escaleras y siento que mis piernas tiemblan y que tengo que parar a los pocos escalones para no quedarme sin aire. Hoy el cansancio me ha dicho que has venido.

Ahora te busco a través de mi ventana. Te busco mirando interrogante al almendro. Le pregunto que por qué llegas tarde.

El almendro me ha devuelto la mirada. Dice que cierre los ojos para encontrarte.

Lo obedezco. Siento como el cansancio se asienta en mis manos, mis brazos, mis piernas, mi cuerpo... En el pecho, en mi cabeza.

Así, mis ojos cerrados volvieron a verte y nos volvimos eternos engañando al tiempo bajo las hojas del almendro.